

Capítulo III

EL ABISMO ECONÓMICO

Nunca el Congreso de los Estados Unidos, al analizar el estado de la Unión, se ha encontrado con una perspectiva más platera que la que existe en este momento ... La gran riqueza que han creado nuestras empresas y nuestras industrias, y que ha ahorrado nuestra economía, ha sido distribuida ampliamente entre nuestra población y ha salido del país en una corriente constante para servir a la actividad benéfica y económica en todo el mundo. Las exigencias no se cifran ya en satisfacer la necesidad sino en conseguir el lujo. El aumento de la producción ha permitido atender una demanda creciente en el interior y un comercio más activo en el exterior. El país puede contemplar el presente con satisfacción y mirar hacia el futuro con optimismo.

Mensaje al Congreso del presidente CALVIN COOLIDGE, 4 de diciembre de 1928

Después de la guerra, el desempleo ha sido la enfermedad más extendida, insidiosa y destructiva de nuestra generación: es la enfermedad social de la civilización occidental en nuestra época.

The Times, 23 de enero de 1943

I

Imaginemos que la primera guerra mundial sólo hubiera supuesto una perturbación temporal, aunque catastrófica, de una civilización y una economía estables. En tal caso, una vez retirados los escombros de la guerra, la economía habría recuperado la normalidad para continuar progresando, en forma parecida a como Japón enterró a los 300.000 muertos que había causado el terremoto de 1923, retiró los escombros que habían dejado sin hogar a dos o tres millones de personas y reconstruyó una ciudad igual que la anterior, pero

más resistente a los terremotos. ¿Cómo habría sido, en tal caso, el mundo de entreguerras? Es imposible saberlo y no tiene objeto especular sobre algo que no ocurrió y que casi con toda seguridad no podía ocurrir. No es, sin embargo, una cuestión inútil, pues nos ayuda a comprender las profundas consecuencias que tuvo el hundimiento económico mundial del período de entreguerras en el devenir histórico del siglo xx.

En efecto, si no se hubiera producido la crisis económica, no habría existido Hitler y, casi con toda seguridad, tampoco Roosevelt. Además, difícilmente el sistema soviético habría sido considerado como un antagonista económico del capitalismo mundial y una alternativa al mismo. Las consecuencias de la crisis económica en el mundo no europeo, o no occidental, a las que se alude brevemente en otro capítulo, fueron verdaderamente dramáticas. Por decirlo en pocas palabras, el mundo de la segunda mitad del siglo xx es incomprensible sin entender el impacto de esta catástrofe económica. Este es el tema del presente capítulo.

La primera guerra mundial sólo devastó algunas zonas del viejo mundo, principalmente en Europa. La revolución mundial, que es el aspecto más llamativo del derrumbamiento de la civilización burguesa del siglo xix, tuvo una difusión más amplia: desde México a China y, a través de los movimientos de liberación colonial, desde el Magreb hasta Indonesia. Sin embargo, no habría sido difícil encontrar zonas del planeta cuyos habitantes no se vieron afectados por el proceso revolucionario, particularmente los Estados Unidos de América y extensas zonas del África colonial subsahariana. No obstante, la primera guerra mundial fue seguida de un derrumbamiento de carácter planetario, al menos en todos aquellos lugares en los que los hombres y mujeres participaban en un tipo de transacciones comerciales de carácter impersonal. De hecho, los orgullosos Estados Unidos, no sólo no quedaron a salvo de las convulsiones que sufrían otros continentes menos afortunados, sino que fueron el epicentro del mayor terremoto mundial que ha sido medido nunca en la escala de Richter de los historiadores de la economía: la Gran Depresión que se registró entre las dos guerras mundiales. En pocas palabras, la economía capitalista mundial pareció derrumbarse en el período de entreguerras y nadie sabía cómo podría recuperarse.

El funcionamiento de la economía capitalista no es nunca uniforme y las fluctuaciones de diversa duración, a menudo muy intensas, constituyen una parte esencial de esta forma de organizar los asuntos del mundo. El llamado ciclo económico de expansión y depresión era un elemento con el que ya estaban familiarizados todos los hombres de negocios desde el siglo xix. Su repetición estaba prevista, con algunas variaciones, en períodos de entre siete y once años. A finales del siglo xix se empezó a prestar atención a una periodicidad mucho más prolongada, cuando los observadores comenzaron a analizar el inesperado curso de los acontecimientos de los decenios anteriores. A una fase de prosperidad mundial sin precedentes entre 1850 y los primeros años de la década de 1870 habían seguido veinte años de incertidumbre económica (los autores que escribían sobre temas económicos hablaban

con una cierta inexactitud de una Gran Depresión) y luego otro período de gran expansión de la economía mundial (véanse *La era del capitalismo* y *La era del imperio*, capítulo 2). A comienzos de los años veinte, un economista ruso, N. D. Kondratiev, que sería luego una de las primeras víctimas de Stalin, formuló las pautas a las que se había ajustado el desarrollo económico desde finales del siglo xvm, una serie de «ondas largas» de una duración aproximada de entre cincuenta y sesenta años, .si bien ni él ni ningún otro economista pudo explicar satisfactoriamente esos ciclos y algunos estadísticos escépticos han negado su existencia. Desde entonces se conocen con su nombre en la literatura especializada. Por cierto, Kondratiev afirmaba que en ese momento la onda larga de la economía mundial iba a comenzar su fase descendente.¹ Estaba en lo cierto.

En épocas anteriores, los hombres de negocios y los economistas aceptaban la existencia de las ondas y los ciclos, largos, medios y cortos, de la misma forma que los campesinos aceptan los avatares de la climatología. No había nada que pudiera hacerse al respecto: hacían surgir oportunidades o problemas y podían entrañar la expansión o la bancarrota de los particulares y las industrias. Sólo los socialistas que, con Karl Marx, consideraban que los ciclos eran parte de un proceso mediante el cual el capitalismo generaba unas contradicciones internas que acabarían siendo insuperables, creían que suponían una amenaza para la existencia del sistema económico. Existía la convicción de que la economía mundial continuaría creciendo y progresando, como había sucedido durante más de un siglo, excepto durante las breves catástrofes de las depresiones cíclicas. Lo novedoso era que probablemente por primera vez en la historia del capitalismo, sus fluctuaciones parecían poner realmente en peligro al sistema. Más aún, en importantes aspectos parecía interrumpirse su curva secular ascendente.

Desde la revolución industrial, la historia de la economía mundial se había caracterizado por un progreso técnico acelerado, por el crecimiento económico continuo, aunque desigual, y por una creciente «mundialización», que suponía una división del trabajo, cada vez más compleja, a escala planetaria y la creación de una red cada vez más densa de corrientes e intercambios que ligaban a cada una de las partes de la economía mundial con el sistema global. El progreso técnico continuó e incluso se aceleró en la era de las catástrofes, transformando las guerras mundiales y reforzándose gracias a ellas. Aunque en las vidas de casi todos los hombres y mujeres predominaron las experiencias económicas de carácter cataclísmico, que culminaron en la Gran Depresión de 1929-1933, el crecimiento económico no se interrumpió durante esos decenios. Simplemente se desaceleró. En la economía de mayor envergadura y más rica de la época, la de los Estados Unidos, la tasa media

1. El hecho de que haya sido posible establecer predicciones acertadas a partir de las ondas largas de Kondratiev —algo que no es común en la economía— ha convencido a muchos historiadores, e incluso a algunos economistas, de que contienen una parte de verdad, aunque se desconozca qué parte.

de crecimiento del PIB per capita entre 1913 y 1938 alcanzó solamente una cifra modesta, el 0,8 por 100 anual. La producción industrial mundial aumentó algo más de un 80 por 100 en los 25 años transcurridos desde 1913, aproximadamente la mitad que en los 25 años anteriores (W. W. Rostow, 1978, p. 662). Como veremos (capítulo IX), el contraste con el período posterior a 1945 sería aún más espectacular. Con todo, si un marciano hubiera observado la curva de los movimientos económicos desde una distancia suficiente como para que le pasasen por alto las fluctuaciones que los seres humanos experimentaban, habría concluido, con toda certeza, que la economía mundial continuaba expandiéndose.

Sin embargo, eso no era cierto en un aspecto: la mundialización de la economía parecía haberse interrumpido. Según todos los parámetros, la integración de la economía mundial se estancó o retrocedió. En los años anteriores a la guerra se había registrado la migración más masiva de la historia, pero esos flujos migratorios habían cesado, o más bien habían sido interrumpidos por las guerras y las restricciones políticas. En los quince años anteriores a 1914 desembarcaron en los Estados Unidos casi 15 millones de personas. En los 15 años siguientes ese número disminuyó a 5,5 millones y en la década de 1930 y en los años de la guerra el flujo migratorio se interrumpió casi por completo, pues sólo entraron en el país 650.000 personas (*Historical Statistics*, I, p. 105, cuadro C 89-101). La emigración procedente de la península ibérica, en su mayor parte hacia América Latina, disminuyó de 1.750.000 personas en el decenio 1911-1920 a menos de 250.000 en los años treinta. El comercio mundial se recuperó de las conmociones de la guerra y de la crisis de posguerra para superar ligeramente el nivel de 1913 a finales de los años veinte, cayó luego durante el período de depresión y al finalizar la era de las catástrofes (1948) su volumen no era mucho mayor que antes de la primera guerra mundial (W. W. Rostow, 1978, p. 669). En contrapartida se había más que duplicado entre los primeros años de la década de 1890 y 1913 y se multiplicaría por cinco en el período comprendido entre 1948 y 1971. El estancamiento resulta aún más sorprendente si se tiene en cuenta que una de las secuelas de la primera guerra mundial fue la aparición de un número importante de nuevos estados en Europa y el Próximo Oriente. El incremento tan importante de la extensión de las fronteras nacionales induce a pensar que tendría que haberse registrado un aumento automático del comercio interestatal, ya que los intercambios comerciales que antes tenían lugar dentro de un mismo país (por ejemplo, en Austria-Hungría o en Rusia) se habían convertido en intercambios internacionales. (Las estadísticas del comercio mundial sólo contabilizan el comercio que atraviesa fronteras nacionales.) Asimismo, el trágico flujo de refugiados en la época de posguerra y posrevolucionaria, cuyo número se contabilizaba ya en millones de personas (véase el capítulo XI) indica que los movimientos migratorios mundiales tendrían que haberse intensificado, en lugar de disminuir. Durante la Gran Depresión, pareció interrumpirse incluso el flujo internacional de capitales. Entre 1927 y 1933, el volumen de los préstamos internacionales disminuyó más del 90 por 100.

Se han apuntado varias razones para explicar ese estancamiento, por ejemplo, que la principal economía nacional del mundo, los Estados Unidos, estaba alcanzando la situación de autosuficiencia, excepto en el suministro de algunas materias primas, y que nunca había tenido una gran dependencia del comercio exterior. Sin embargo, incluso en países que siempre habían desarrollado una gran actividad comercial, como Gran Bretaña y los países escandinavos, se hacía patente la misma tendencia. Los contemporáneos creían ver una causa más evidente de alarma, y probablemente tenían razón. Todos los estados hacían cuanto estaba en su mano para proteger su economía frente a las amenazas del exterior, es decir, frente a una economía mundial que se hallaba en una difícil situación.

Al principio, tanto los agentes económicos como los gobiernos esperaban que, una vez superadas las perturbaciones causadas por la guerra, volvería la situación de prosperidad económica anterior a 1914, que consideraban normal. Ciertamente, la bonanza inmediatamente posterior a la guerra, al menos en los países que no sufrieron los efectos de la revolución y de la guerra civil, parecía un signo prometedor, aunque tanto las empresas como los gobiernos veían con recelo el enorme fortalecimiento del poder de la clase obrera y de sus sindicatos, porque haría que aumentaran los costes de producción al exigir mayores salarios y menos horas de trabajo. Sin embargo, el reajuste resultó más difícil de lo esperado. Los precios y la prosperidad se derrumbaron en 1920, socavando el poder de la clase obrera —el desempleo no volvió a descender en Gran Bretaña muy por debajo del 10 por 100 y los sindicatos perdieron la mitad de sus afiliados en los doce años siguientes— y desequilibrando de nuevo la balanza en favor de los empresarios. A pesar de ello, la prosperidad continuaba sin llegar.

El mundo anglosajón, los países que habían permanecido neutrales y Japón hicieron cuanto les fue posible para iniciar un proceso deflacionario, esto es, para intentar que sus economías retornaran a los viejos y firmes principios de la moneda estable garantizada por una situación financiera sólida y por el patrón oro, que no había resistido los embates de la guerra. Lo consiguieron en alguna medida entre 1922 y 1926. En cambio, en la gran zona de la derrota y las convulsiones sociales que se extendía desde Alemania, en el oeste, hasta la Rusia soviética, en el este, se registró un hundimiento espectacular del sistema monetario, sólo comparable al que sufrió una parte del mundo poscomunista después de 1989. En el caso extremo —Alemania en 1923— el valor de la moneda se redujo a una millonésima parte del de 1913, lo que equivale a decir que la moneda perdió completamente su valor. Incluso en casos menos extremos, las consecuencias fueron realmente dramáticas. El abuelo del autor, cuya póliza de seguros venció durante el período de inflación austriaca,² contaba que cobró esa gran suma en moneda devaluada,

2. En el siglo xix, al final del cual los precios eran mucho más bajos que en su inicio, la población estaba tan acostumbrada a la estabilidad o al descenso de los precios, que la palabra *inflación* bastaba para definir lo que ahora llamamos «hiperinflación».

y que solamente le sirvió para pagar una bebida en el bar al que acudía habitualmente.

En suma, se esfumó por completo el ahorro privado, lo cual provocó una falta casi total de capital circulante para las empresas. Eso explica en gran medida que durante los años siguientes la economía alemana tuviera una dependencia tan estrecha de los créditos exteriores, dependencia que fue la causa de su gran vulnerabilidad cuando comenzó la Depresión. No era mucho mejor la situación en la URSS, aunque la desaparición del ahorro privado monetario no tuvo las mismas consecuencias económicas y políticas. Cuando terminó la gran inflación en 1922-1923, debido fundamentalmente a la decisión de los gobiernos de dejar de imprimir papel moneda en cantidad ilimitada y de modificar el valor de la moneda, aquellos alemanes que dependían de unos ingresos fijos y de sus ahorros se vieron en una situación de grave dificultad, aunque en Polonia, Hungría y Austria la moneda conservó algo de su valor. No es difícil imaginar, sin embargo, el efecto traumático de la experiencia en las capas medias y medias bajas de la población. Esa situación preparó a la Europa central para el fascismo. Los mecanismos para acostumbrar a la población a largos períodos de una inflación de precios patológica (por ejemplo, mediante la «indexación» de los salarios y de otros ingresos, término que se utilizó por primera vez hacia 1960) no se inventaron hasta después de la segunda guerra mundial.³

La situación parecía haber vuelto a la calma en 1924 y se vislumbraba la posibilidad de que retornara lo que un presidente norteamericano llamó «normalidad». En efecto, se reanudó el crecimiento económico mundial, aunque algunos productores de materias primas y productos alimentarios básicos, entre ellos los agricultores norteamericanos, sufrieron las consecuencias de un nuevo descenso del precio de los productos primarios, después de una breve recuperación. Los años veinte no fueron una época dorada para las explotaciones agrícolas en los Estados Unidos. Además, en la mayor parte de los países de la Europa occidental el desempleo continuaba siendo sorprendentemente alto (patológicamente alto, en comparación con los niveles anteriores a 1914). Hay que recordar que aun en los años de bonanza económica del decenio de 1920 (1924-1929), el desempleo fue del orden del 10-12 por 100 en Gran Bretaña, Alemania y Suecia, y no descendió del 17-18 por 100 en Dinamarca y Noruega. La única economía que funcionaba realmente a pleno rendimiento era la de los Estados Unidos, con un índice medio de paro aproximado del 4 por 100. Los dos factores citados indicaban que la economía estaba aquejada de graves problemas. El hundimiento de los precios de los productos básicos (cuya caída posterior se impidió mediante la acumulación de stocks crecientes) demostraba que la demanda era muy inferior a la capacidad de producción. Es necesario tener en cuenta también que la expansión económica fue alimentada en gran medida por las grandes corrientes de capi-

3. En los Balcanes y en los estados de Báltico los gobiernos no perdieron totalmente el control de la inflación, aunque ésta constituía un grave problema.

tal internacional que circularon por el mundo industrializado, y en especial hacia Alemania. Este país, que en 1928 había sido el destinatario de casi la mitad de todas las exportaciones de capital del mundo, recibió un volumen de préstamos de entre 200 y 300 billones de marcos, la mitad de ellos a corto plazo (Arndt, 1944, p. 47; Kindelberger, 1973). Eso hacía muy vulnerable a la economía alemana, como quedó demostrado cuando se retiraron los capitales norteamericanos después de 1929.

Por consiguiente, no fue una gran sorpresa para nadie, salvo para los defensores de la Norteamérica provinciana, cuya imagen se haría familiar en el mundo occidental contemporáneo a través de la novela *Babbitt* (1920), del norteamericano Sinclair Lewis, que la economía mundial atravesara por nuevas dificultades pocos años después. De hecho, durante la época de bonanza la Internacional Comunista ya había profetizado una nueva crisis económica, esperando —así lo creían o afirmaban creerlo sus portavoces— que desencadenaría una nueva oleada revolucionaria. En realidad, sus consecuencias fueron justamente las contrarias. Sin embargo, lo que nadie esperaba, ni siquiera los revolucionarios en sus momentos de mayor optimismo, era la extraordinaria generalidad y profundidad de la crisis que se inició, como saben incluso los no historiadores, con el crac de la Bolsa de Nueva York el 29 de octubre de 1929. Fue un acontecimiento de extraordinaria magnitud, que supuso poco menos que el colapso de la economía capitalista mundial, que parecía atrapada en un círculo vicioso donde cada descenso de los índices económicos (exceptuando el del desempleo, que alcanzó cifras astronómicas) reforzaba la baja de todos los demás.

Como señalaron los admirables expertos de la Sociedad de Naciones, aunque nadie los tomó muy en cuenta, la dramática recesión de la economía industrial de Norteamérica no tardó en golpear al otro gran núcleo industrial, Alemania (Ohlin, 1931). Entre 1929 y 1931 la producción industrial disminuyó aproximadamente un tercio en los Estados Unidos y en una medida parecida en Alemania, si bien estas cifras son medias que suavizan la realidad. En los Estados Unidos, la gran compañía del sector eléctrico, Westinghouse, perdió dos tercios de sus ventas entre 1929 y 1933 y sus ingresos netos descendieron el 76 por 100 en dos años (Schatz, 1983, p. 60). Se produjo una crisis en la producción de artículos de primera necesidad, tanto alimentos como materias primas, dado que sus precios, que ya no se protegían acumulando existencias como antes, iniciaron una caída libre. Los precios del té y del trigo cayeron en dos tercios y el de la seda en bruto en tres cuartos. Eso supuso el hundimiento —por mencionar tan sólo los países enumerados por la Sociedad de Naciones en 1931— de Argentina, Australia, Bolivia, Brasil, Canadá, Colombia, Cuba, Chile, Egipto, Ecuador, Finlandia, Hungría, India, las Indias Holandesas (la actual Indonesia), Malasia (británica), México, Nueva Zelanda, Países Bajos, Paraguay, Perú, Uruguay y Venezuela, cuyo comercio exterior dependía de unos pocos productos primarios. En definitiva, ese fenómeno transformó la Depresión en un acontecimiento literalmente mundial.

Las economías de Austria, Checoslovaquia, Grecia, Japón, Polonia y

Gran Bretaña, extraordinariamente sensibles a los movimientos sísmicos procedentes del oeste (o del este), también resultaron afectadas. La industria sedera japonesa había triplicado su producción en el plazo de quince años para aprovisionar al vasto y creciente mercado de medias de seda estadounidense. La desaparición temporal de ese mercado conllevó también la del 90 por 100 de la seda japonesa que se enviaba a Norteamérica. Simultáneamente, se derrumbó el precio de otro importante producto básico de la agricultura japonesa, el arroz, fenómeno que también afectó a las grandes zonas arroceras del sur y el este de Asia. Como el precio del trigo se hundió aún más espectacularmente que el del arroz, se dice que en ese momento muchos orientales sustituyeron este último producto por el trigo. Sin embargo, el *boom* del pan de *chapatti* y de los tallarines, si es que lo hubo, empeoró la situación de los agricultores en los países exportadores de arroz como Birmania, la Indochina francesa y Siam (la actual Tailandia) (Latham, 1981, p. 178). Los campesinos intentaron compensar el descenso de los precios aumentando sus cultivos y sus ventas y eso se tradujo en una caída adicional de los precios.

Esa situación llevó a la ruina a los agricultores que dependían del mercado, especialmente del mercado de exportación, salvo en los casos en que pudieron volver a refugiarse en una producción de subsistencia, último reducto tradicional del campesino. Eso era posible en una gran parte del mundo subdesarrollado, y el hecho de que la mayoría de la población de África, de Asia meridional y oriental y de América Latina fuera todavía campesina, le permitió capear el temporal. Brasil se convirtió en la ilustración perfecta del despilfarro del capitalismo y de la profundidad de la crisis, con sus plantadores que intentaban desesperadamente impedir el hundimiento de los precios quemando café en lugar de carbón en las locomotoras de los trenes. (Entre dos tercios y tres cuartos del café que se vendía en el mercado mundial procedía de ese país.) De todas maneras, para los brasileños, que aún vivían del campo en su inmensa mayoría, la Gran Depresión fue mucho más llevadera que los cataclismos económicos de los años ochenta, sobre todo porque en aquella crisis las expectativas económicas de la población pobre eran todavía muy modestas.

Sin embargo, los efectos de la crisis se dejaron sentir incluso en los países agrarios coloniales. Así parece indicarlo el descenso en torno a los dos tercios de las importaciones de azúcar, harina, pescado en conserva y arroz en Costa de Oro (la actual Ghana), donde el mercado del cacao se había hundido completamente, por no mencionar el recorte de las importaciones de ginebra en un 98 por 100 (Ohlin, 1931, p. 52).

Para quienes, por definición, no poseían control o acceso a los medios de producción (salvo que pudieran retornar a las aldeas al seno de una familia campesina), es decir, para los hombres y mujeres que trabajaban a cambio de un salario, la principal consecuencia de la Depresión fue el desempleo en una escala inimaginada y sin precedentes, y por mucho más tiempo del que nadie pudiera haber previsto. En los momentos peores de la crisis (1932-1933), los

índices de paro se situaron en el 22-23 por 100 en Gran Bretaña y Bélgica, el 24 por 100 en Suecia, el 27 por 100 en los Estados Unidos, el 29 por 100 en Austria, el 31 por 100 en Noruega, el 32 por 100 en Dinamarca y en no menos del 44 por 100 en Alemania. Además, la recuperación que se inició a partir de 1933 no permitió reducir la tasa media de desempleo de los años treinta por debajo del 16-17 por 100 en Gran Bretaña y Suecia, y del 20 por 100 en el resto de Escandinavia, en Austria y en los Estados Unidos. El único estado occidental que consiguió acabar con el paro fue la Alemania nazi entre 1933 y 1938. Nadie podía recordar una catástrofe económica de tal magnitud en la vida de los trabajadores.

Lo que hizo aún más dramática la situación fue que los sistemas públicos de seguridad social (incluido el subsidio de desempleo) no existían, en el caso de los Estados Unidos, o eran extraordinariamente insuficientes, según nuestros criterios actuales, sobre todo para los desempleados en períodos largos. Esta es la razón por la que la seguridad ha sido siempre una preocupación fundamental de la clase trabajadora: protección contra las temidas incertidumbres del empleo (es decir, los salarios), la enfermedad o los accidentes y contra la temida certidumbre de una vejez sin ingresos. Eso explica también que los trabajadores soñaran con ver a sus hijos ocupando un puesto de trabajo modestamente pagado pero seguro y que le diera derecho a una jubilación. Incluso en el país donde los sistemas de seguro de desempleo estaban más desarrollados antes de la Depresión (Gran Bretaña), no alcanzaban ni siquiera al 60 por 100 de la población trabajadora, y ello porque desde 1920 Gran Bretaña se había visto obligada a tomar medidas contra un desempleo generalizado. En los demás países de Europa (excepto en Alemania, donde más del 40 por 100 tenía derecho a percibir un seguro de paro), la proporción de los trabajadores protegidos en ese apartado oscilaba entre 0 y el 25 por 100 (Flora, 1983, p. 461). Aquellos que se habían acostumbrado a trabajar intermitentemente o a atravesar por períodos de desempleo cíclico comenzaron a sentirse desesperados cuando, una vez hubieron gastado sus pequeños ahorros y agotado el crédito en las tiendas de alimentos, veían imposible encontrar un trabajo.

De ahí el impacto traumático que tuvo en la política de los países industrializados el desempleo generalizado, consecuencia primera y principal de la Gran Depresión para el grueso de la población. Poco les podía importar que los historiadores de la economía (y la lógica) puedan demostrar que la mayor parte de la mano de obra que estuvo empleada incluso durante los peores momentos había mejorado notablemente su posición, dado que los precios descendieron durante todo el período de entreguerras y que durante los años más duros de la Depresión los precios de los alimentos cayeron más rápidamente que los de los restantes productos. La imagen dominante en la época era la de los comedores de beneficencia y la de los ejércitos de desempleados que desde los centros fabriles donde el acero y los barcos habían dejado de fabricarse convergían hacia las capitales para denunciar a los que creían responsables de la situación. Por su parte, los políticos eran conscientes de

que el 85 por 100 de los afiliados del Partido Comunista alemán, que durante los años de la Depresión y en los meses anteriores a la subida de Hitler al poder creció casi tan deprisa como el partido nazi, eran desempleados (Weber, 1969, I, p. 243).

No puede sorprender que el desempleo fuera considerado como una herida profunda, que podía llegar a ser mortal, en el cuerpo político. «Después de la guerra —escribió un editorialista en el *Times* londinense durante la segunda guerra mundial—, el desempleo ha sido la enfermedad más extendida, insidiosa y destructiva de nuestra generación: es la enfermedad social de la civilización occidental en nuestra época» (Arndt, 1944, p. 250). Nunca hasta entonces, en la historia de la industrialización, habían podido escribirse esas palabras, que explican la política de posguerra de los gobiernos occidentales mejor que cualquier investigación de archivo.

Curiosamente, el sentimiento de catástrofe y desorientación causado por la Gran Depresión fue mayor entre los hombres de negocios, los economistas y los políticos que entre las masas. El desempleo generalizado y el hundimiento de los precios agrarios perjudicó gravemente a estas masas, pero estaban seguras de que existía una solución política para esas injusticias —ya fuera en la derecha o en la izquierda— que haría posible que los pobres pudiesen ver satisfechas sus necesidades. Era, por contra, la inexistencia de soluciones en el marco de la vieja economía liberal lo que hacía tan dramática la situación de los responsables de las decisiones económicas. A su juicio, para hacer frente a corto plazo a las crisis inmediatas, se veían obligados a socavar la base a largo plazo de una economía mundial floreciente. En un momento en que el comercio mundial disminuyó el 60 por 100 en cuatro años (1929-1932), los estados comenzaron a levantar barreras cada vez mayores para proteger sus mercados nacionales y sus monedas frente a los ciclones económicos mundiales, aun sabedores de que eso significaba desmantelar el sistema mundial de comercio multilateral en el que, según creían, debía sustentarse la prosperidad del mundo. La piedra angular de ese sistema, la llamada «cláusula de nación más favorecida», desapareció de casi el 60 por 100 de los 510 acuerdos comerciales que se firmaron entre 1931 y 1939 y, cuando se conservó, lo fue de forma limitada (Snyder, 1940).⁴ ¿Cómo acabaría todo? ¿Sería posible salir de ese círculo vicioso?

Más adelante se analizarán las consecuencias políticas inmediatas de ese episodio, el más traumático en la historia del capitalismo, pero es necesario referirse sin demora a su más importante consecuencia a largo plazo. En pocas palabras, la Gran Depresión desterró el liberalismo económico durante medio siglo. En 1931-1932, Gran Bretaña, Canadá, todos los países escandinavos y Estados Unidos abandonaron el patrón oro, que siempre había sido considerado como el fundamento de un intercambio internacional estable, y en 1936 se

4. La «cláusula de nación más favorecida» significa, de hecho, lo contrario de lo que parece, a saber, que el interlocutor comercial será tratado de la misma forma que la «nación más favorecida», es decir, que *ninguna* nación será más favorecida.

sumaron a la medida incluso los más fervientes partidarios de ese sistema, los belgas y los holandeses, y finalmente los franceses.⁵ Gran Bretaña abandonó en 1931 el libre comercio, que desde 1840 había sido un elemento tan esencial de la identidad económica británica como lo es la Constitución norteamericana en la identidad política de los Estados Unidos. El abandono por parte de Gran Bretaña de los principios de la libertad de transacciones en el seno de una única economía mundial ilustra dramáticamente la rápida generalización del proteccionismo en ese momento. Más concretamente, la Gran Depresión obligó a los gobiernos occidentales a dar prioridad a las consideraciones sociales sobre las económicas en la formulación de sus políticas. El peligro que entrañaba no hacerlo así —la radicalización de la izquierda y, como se demostró en Alemania y en otros países, de la derecha— era excesivamente amenazador.

Así, los gobiernos no se limitaron a proteger a la agricultura imponiendo aranceles frente a la competencia extranjera, aunque, donde ya existían, los elevaron aún más. Durante la Depresión, subvencionaron la actividad agraria garantizando los precios al productor, comprando los excedentes o pagando a los agricultores para que no produjeran, como ocurrió en los Estados Unidos des.de 1933. Los orígenes de las extrañas paradojas de la «política agraria común» de la Comunidad Europea, debido a la cual en los años setenta y ochenta una minoría cada vez más exigua de campesinos amenazó con causar la bancarrota comunitaria en razón de las subvenciones que recibían, se remontan a la Gran Depresión.

En cuanto a los trabajadores, una vez terminada la guerra, el «pleno empleo», es decir, la eliminación del desempleo generalizado, pasó a ser el objetivo básico de la política económica en los países en los que se instauró un capitalismo democrático reformado, cuyo más célebre profeta y pionero, aunque no el único, fue el economista británico John Maynard Keynes (1883-1946). La doctrina keynesiana propugnaba la eliminación permanente del desempleo generalizado por razones tanto de beneficio económico como político. Los keynesianos sostenían, acertadamente, que la demanda que generan los ingresos de los trabajadores ocupados tendría un efecto estimulante sobre las economías deprimidas. Sin embargo, la razón por la que se dio la máxima prioridad a ese sistema de estímulo de la demanda —el gobierno británico asumió ese objetivo antes incluso de que estallara la segunda guerra mundial— fue la consideración de que el desempleo generalizado era social y políticamente explosivo, tal como había quedado demostrado durante la Depresión. Esa convicción era tan sólida que, cuando muchos años después volvió a producirse un desempleo en gran escala, y especialmente durante la grave depresión de los primeros años de la década de 1980, los observadores (incluido el autor de este libro) estaban conven-

5. En su forma clásica, el *patrón oro* da a la unidad monetaria, por ejemplo un billete de dólar, el valor de un peso determinado de oro, por el cual lo intercambiará el banco, si es necesario.

cidos de que sobrevendrían graves conflictos sociales y se sintieron sorprendidos de que eso no ocurriera (véase el capítulo XIV).

En gran parte, eso se debió a otra medida profiláctica adoptada durante, después y como consecuencia de la Gran Depresión: la implantación de sistemas modernos de seguridad social. ¿A quién puede sorprender que los Estados Unidos aprobaran su ley de la seguridad social en 1935? Nos hemos acostumbrado de tal forma a la generalización, a escala universal, de ambiciosos sistemas de seguridad social en los países desarrollados del capitalismo industrial —con algunas excepciones, como Japón, Suiza y los Estados Unidos— que olvidamos cómo eran los «estados del bienestar», en el sentido moderno de la expresión, antes de la segunda guerra mundial. Incluso los países escandinavos estaban tan sólo comenzando a implantarlos en ese momento. De hecho, la expresión «estado del bienestar» no comenzó a utilizarse hasta los años cuarenta.

Un hecho subrayaba el trauma derivado de la Gran Depresión: el único país que había rechazado el capitalismo, la Unión Soviética, parecía ser inmune a sus consecuencias. Mientras el resto del mundo, o al menos el capitalismo liberal occidental, se sumía en el estancamiento, la URSS estaba inmersa en un proceso de industrialización acelerada, con la aplicación de los planes quinquenales. Entre 1929 y 1940, la producción industrial se multiplicó al menos por tres en la Unión Soviética, cuya participación en la producción mundial de productos manufacturados pasó del 5 por 100 en 1929 al 18 por 100 en 1938, mientras que durante el mismo período la cuota conjunta de los Estados Unidos, Gran Bretaña y Francia disminuyó del 59 al 52 por 100 del total mundial. Además, en la Unión Soviética no existía desempleo. Esos logros impresionaron a los observadores extranjeros de todas las ideologías, incluido el reducido pero influyente flujo de turistas que visitó Moscú entre 1930 y 1935, más que la tosquedad e ineeficacia de la economía soviética y que la残酷 y la brutalidad de la colectivización y de la represión generalizada efectuadas por Stalin. En efecto, lo que les importaba realmente no era el fenómeno de la URSS, sino el hundimiento de su propio sistema económico, la profundidad de la crisis del capitalismo occidental. ¿Cuál era el secreto del sistema soviético? ¿Podía extraerse alguna enseñanza de su funcionamiento? A raíz de los planes quinquenales de Rusia, los términos «plan» y «planificación» estaban en boca de todos los políticos. Los partidos socialdemócratas comenzaron a aplicar «planes», por ejemplo en Bélgica y Noruega. Sir Arthur Salter, un funcionario británico distinguido y uno de los pilares de la clase dirigente, escribió un libro titulado *Recovery* para demostrar que para que el país y el mundo pudieran escapar al círculo vicioso de la Gran Depresión era esencial construir una sociedad planificada. Otros funcionarios británicos moderados establecieron un grupo de reflexión abierto al que dieron el nombre de PEP (Political and Economic Planing, Planificación económica y política). Una serie de jóvenes políticos conservadores, como el futuro primer ministro Harold Macmillan (1894-1986) se convirtieron en defensores de la «planificación». Inclu-

so los mismos nazis plagiaron la idea cuando Hitler inició un «plan cuatrienal». (Por razones que se analizarán en el próximo capítulo, el éxito de los nazis en la superación de la Depresión a partir de 1933 tuvo menos repercusiones internacionales.)

II

¿Cuál es la causa del mal funcionamiento de la economía capitalista en el período de entreguerras? Para responder a esta pregunta es imprescindible tener en cuenta la situación de los Estados Unidos, pues si en Europa, al menos en los países beligerantes, los problemas económicos pueden explicarse en función de las perturbaciones de la guerra y la posguerra, los Estados Unidos sólo habían tenido una breve, aunque decisiva, intervención en el conflicto. La primera guerra mundial, lejos de desequilibrar su economía, la benefició (como ocurriría también con la segunda guerra mundial) de manera espectacular. En 1913, los Estados Unidos eran ya la mayor economía del mundo, con la tercera parte de la producción industrial, algo menos de la suma total de lo que producían conjuntamente Alemania, Gran Bretaña y Francia. En 1929 produjeron más del 42 por 100 de la producción mundial, frente a algo menos del 28 por 100 de las tres potencias industriales europeas (Hilgerdt, 1945, cuadro 1.14). Esa cifra es realmente asombrosa. Concretamente, en el período comprendido entre 1913 y 1920, mientras la producción de acero aumentó un 25 por 100 en los Estados Unidos, en el resto del mundo disminuyó un tercio (Rostow, 1978, p. 194, cuadro III. 33). En resumen, al terminar la primera guerra mundial, el predominio de la economía estadounidense en el escenario internacional era tan claro como el que conseguiría después de la segunda guerra mundial. Fue la Gran Depresión la que interrumpió temporalmente esa situación hegemónica.

La guerra no sólo reforzó su posición de principal productor mundial, sino que lo convirtió en el principal acreedor del mundo. Los británicos habían perdido aproximadamente una cuarta parte de sus inversiones mundiales durante la guerra, principalmente las efectuadas en los Estados Unidos, de las que tuvieron que desprenderse para comprar suministros de guerra. Por su parte, los franceses perdieron la mitad de sus inversiones, como consecuencia de la revolución y el hundimiento de Europa. Mientras tanto, los Estados Unidos, que al comenzar la guerra eran un país deudor, al terminar el conflicto eran el principal acreedor internacional. Dado que concentraban sus operaciones en Europa y en el hemisferio occidental (los británicos continuaban siendo con mucho los principales inversores en Asia y África), su influencia en Europa era decisiva.

En suma, sólo la situación de los Estados Unidos puede explicar la crisis económica mundial. Después de todo, en los años veinte era el principal exportador del mundo y, tras Gran Bretaña, el primer importador. En cuanto a las materias primas y los alimentos básicos, absorbía casi el 40 por 100 de

las importaciones que realizaban los quince países con un comercio más intenso, lo cual explica las consecuencias desastrosas de la crisis para los productores de trigo, algodón, azúcar, caucho, seda, cobre, estaño y café (Lary, 1943, pp. 28-29). Estados Unidos fue también la principal víctima de la crisis. Si sus importaciones cayeron un 70 por 100 entre 1929 y 1932, no fue menor el descenso de sus exportaciones. El comercio mundial disminuyó menos de un tercio entre 1929 y 1939, pero las exportaciones estadounidenses descendieron casi un 50 por 100.

Esto no supone subestimar las raíces estrictamente europeas del problema, cuyo origen era fundamentalmente político. En la conferencia de paz de Versalles (1919) se habían impuesto a Alemania unos pagos onerosos y no definidos en concepto de «reparaciones» por el costo de la guerra y los daños ocasionados a las diferentes potencias vencedoras. Para justificarlas se incluyó en el tratado de paz una cláusula que declaraba a Alemania *única* responsable de la guerra (la llamada cláusula de «culpabilidad»), que, además de ser dudosa históricamente, fue un auténtico regalo para el nacionalismo alemán. La suma que debía pagar Alemania no se concretó, en busca de un compromiso entre la posición de los Estados Unidos, que proponían que se fijara en función de las capacidades del país, y la de los otros aliados —principalmente Francia— que insistían en resarcirse de todos los costos de la guerra. El objetivo que realmente perseguían —al menos Francia— era perpetuar la debilidad de Alemania y disponer de un medio para presionarla. En 1921 la suma se fijó en 132.000 millones de marcos de oro, que todo el mundo sabía que era imposible de pagar.

Las «reparaciones» suscitaron interminables polémicas, crisis periódicas y arreglos negociados bajo los auspicios norteamericanos, pues Estados Unidos, con gran descontento de sus antiguos aliados, pretendía vincular la cuestión de las reparaciones de Alemania con el pago de las deudas de guerra que tenían los aliados con Washington. Estas últimas se fijaron en una suma casi tan absurda como la que se exigía a Alemania (una vez y media la renta nacional del país de 1929); las deudas británicas con los Estados Unidos suponían el 50 por 100 de la renta nacional de Gran Bretaña y las de los franceses los dos tercios (Hill, 1988, pp. 15-16). En 1924 entró en vigor el «Plan Dawes», que fijó la suma real que debía pagar Alemania anualmente, y en 1929 el «Plan Young» modificó el plan de reparaciones y estableció el Banco de Pagos Internacionales en Basilea (Suiza), la primera de las instituciones financieras internacionales que se multiplicarían después de la segunda guerra mundial. (En el momento de escribir estas líneas es todavía operativo.) A efectos prácticos, todos los pagos, tanto de los alemanes como de los aliados, se interrumpieron en 1932. Sólo Finlandia pagó todas sus deudas de guerra a los Estados Unidos.

Sin entrar en los detalles, dos cuestiones estaban en juego. *En primer lugar*, la problemática suscitada por el joven John Maynard Keynes, que escribió una dura crítica de la conferencia de Versalles, en la que participó como miembro subalterno de la delegación británica: *Las consecuencias eco-*

nómicas de la paz (1920). Si no se reconstruía la economía alemana —argumentaba Keynes— la restauración de una civilización y una economía liberal estables en Europa sería imposible. La política francesa de perpetuar la debilidad de Alemania como garantía de la «seguridad» de Francia era contraproducente. De hecho, Francia era demasiado débil para imponer su política, incluso cuando por un breve tiempo ocupó el corazón industrial de la Alemania occidental, en 1923, con la excusa de que los alemanes se negaban a pagar. Finalmente, a partir de 1924 tuvieron que tolerar el fortalecimiento de la economía alemana. Pero, *en segundo lugar*, estaba la cuestión de cómo debían pagarse las reparaciones. Los que deseaban una Alemania débil pretendían que el pago se hiciera en efectivo, en lugar de exigir (como parecía más racional) una parte de la producción, o al menos de los ingresos procedentes de las exportaciones alemanas, pues ello habría reforzado la economía alemana frente a sus competidores. En efecto, obligaron a Alemania a recurrir sobre todo a los créditos, de manera que las reparaciones que se pagaron se costearon con los cuantiosos préstamos (norteamericanos) solicitados a mediados de los años veinte. Para sus rivales esto parecía presentar la ventaja adicional de que Alemania se endeudaba fuertemente en lugar de aumentar sus exportaciones para conseguir el equilibrio de su balanza de pagos. De hecho, las importaciones alemanas aumentaron extraordinariamente. Pero, como ya hemos visto, el sistema basado en esas premisas hizo a Alemania y a Europa muy vulnerables al descenso de los créditos de los Estados Unidos (antes incluso de que comenzara la Depresión) y a su corte final (tras la crisis de Wall Street de 1929). Todo el castillo de naipes construido en torno a las reparaciones se derrumbó durante la Depresión. Para entonces la interrupción de los pagos no repercutió positivamente sobre Alemania, ni sobre la economía mundial, que había desaparecido como sistema integrado, al igual que ocurrió con el mecanismo de pagos internacionales entre 1931 y 1933.

Sin embargo, las conmociones de la guerra y la posguerra y los problemas políticos europeos sólo explican en parte la gravedad del hundimiento de la economía en el período de entreguerras. El análisis económico debe centrarse en dos aspectos.

El primero es la existencia de un desequilibrio notable y creciente en la economía internacional, como consecuencia de la asimetría existente entre el nivel de desarrollo de los Estados Unidos y el del resto del mundo. El sistema mundial no funcionaba correctamente —puede argumentarse— porque a diferencia de Gran Bretaña, que había sido su centro neurálgico hasta 1914, Estados Unidos no necesitaba al resto del mundo. Así, mientras Gran Bretaña, consciente de que el sistema mundial de pagos se sustentaba en la libra esterlina, velaba por su estabilidad, Estados Unidos no asumió una función estable y zadora de la economía mundial. Los norteamericanos no dependían del resto del mundo porque desde el final de la primera guerra mundial necesitaban importar menos capital, mano de obra y nuevas mercancías, excepto algunas materias primas. En cuanto a sus exportaciones, aunque tenían importancia desde el punto de vista internacional —Hollywood monopoliza-

ba prácticamente el mercado internacional del cine—, tenían mucha menos trascendencia para la renta nacional que en cualquier otro país industrial, puede discutirse el alcance real de las consecuencias de ese aislamiento de Estados Unidos con respecto a la economía mundial, pero es indudable que esta explicación de la crisis influyó en los economistas y políticos estadounidenses en los años cuarenta y contribuyó a convencer a Washington de que debía responsabilizarse de la estabilidad de la economía mundial después de 1945 (Kindelberger, 1973).

El segundo aspecto destacable de la Depresión es la incapacidad de la economía mundial para generar una demanda suficiente que pudiera sustentar una expansión duradera. Como ya hemos visto, las bases de la prosperidad de los años veinte no eran firmes, ni siquiera en los Estados Unidos, donde la agricultura estaba ya en una situación deprimida y los salarios, contra lo que sostiene el mito de la gran época del jazz, no aumentaban mucho, e incluso se estancaron en los últimos años desquiciados de euforia económica (*Historical Statistics of the USA*, I, p. 164, cuadro D722-727). Como tantas veces ocurre en las economías de libre mercado durante las épocas de prosperidad, al estancarse los salarios, los beneficios aumentaron de manera desproporcionada y el sector acomodado de la población fue el más favorecido. Pero al no existir un equilibrio entre la demanda y la productividad del sistema industrial, en rápido incremento en esos días que vieron el triunfo de Henry Ford, el resultado fue la sobreproducción y la especulación. A su vez, éstas desencadenaron el colapso. Sean cuales fueren los argumentos de los historiadores y economistas, que todavía continúan debatiendo la cuestión, la debilidad de la demanda impresionó profundamente a los contemporáneos que seguían con gran interés la actuación política del gobierno. Entre ellos hay que destacar a John Maynard Keynes.

Cuando se produjo el hundimiento, este fue, lógicamente, mucho más espectacular en Estados Unidos, donde se había intentado reforzar la demanda mediante una gran expansión del crédito a los consumidores. (Los lectores que recuerden lo sucedido a finales de los años ochenta estarán familiarizados ya con esta situación.) Los bancos, afectados ya por la euforia inmobiliaria especulativa que, con la contribución habitual de los optimistas ilusos y de la legión de negociantes sin escrúpulos,⁶ había alcanzado su cénit algunos años antes del gran crac, y abrumados por deudas incobrables, se negaron a conceder nuevos créditos y a refinanciar los existentes. Sin embargo, eso no impidió que quebraran por millares,⁷ mientras que en 1933 casi la mitad de los préstamos hipotecarios de los Estados Unidos estaban atrasados en el pago y

6. No en vano fueron los años veinte la década del psicólogo Émile Coué (1857-1926). que popularizó la autosugestión optimista mediante el lema, constantemente repetido, de «cada día estoy mejor en todos los sentidos».

7. El sistema bancario estadounidense no permitía la existencia de bancos gigantescos como los europeos, con un sistema de sucursales por toda la nación y, por consiguiente, estaba formado por bancos relativamente débiles de carácter local o que, a lo sumo, operaban en el ámbito de cada uno de los diferentes estados.

cada día un millar de sus titulares perdían sus propiedades por esa causa (Miles *et al.*, 1991, p. 108). Tan sólo los compradores de automóviles debían 1.400 millones de dólares de un total de 6.500 millones a que ascendía el endeudamiento personal en créditos a corto y medio plazo (Ziebura, 1990, p. 49). Lo que hacía que la economía fuera especialmente vulnerable a ese *boom* crediticio era que los prestatarios no utilizaban el dinero para comprar los bienes de consumo tradicionales, necesarios para subsistir, cuya demanda era, por tanto, muy inelástica: alimentos, prendas de vestir, etc. Por pobre que uno sea, no puede reducir la demanda de productos alimentarios por debajo de un nivel determinado, ni si se duplican sus ingresos, se doblará dicha demanda. Lo que compraban eran los bienes de consumo duraderos típicos de la sociedad moderna de consumo en la que los Estados Unidos eran pioneros. Pero la compra de coches y casas podía posponerse fácilmente y, en cualquier caso, la demanda de estos productos era, y es, muy elástica en relación a los ingresos.

Por consiguiente, a menos que se esperara que la crisis fuera breve y que hubiera confianza en el futuro, las consecuencias de ésta podían ser espectaculares. Así, la producción de automóviles disminuyó *a la mitad* en los Estados Unidos entre 1929 y 1931 y, en un nivel mucho más humilde, la producción de discos de gramófono para las capas de población de escasos ingresos (discos *race* y discos de jazz dirigidos a un público de color) cesó prácticamente durante un tiempo. En resumen, «a diferencia de los ferrocarriles, de los barcos de vapor o de la introducción del acero y de las máquinas herramientas —que reducían los costes—, los nuevos productos y el nuevo estilo de vida requerían, para difundirse con rapidez, unos niveles de ingresos cada vez mayores y un elevado grado de confianza en el futuro» (Rostow, 1978, p. 219). Pero eso era precisamente lo que se estaba derrumbando.

Más pronto o más tarde hasta la peor de las crisis cíclicas llega a su fin y a partir de 1932 había claros indicios de que lo peor ya había pasado. De hecho, algunas economías se hallaban en situación floreciente. Japón y, en una escala más modesta, Suecia habían duplicado, al terminar los años treinta, la producción de los años anteriores a la Depresión, y en 1938 la economía alemana (no así la italiana) había crecido un 25 por 100 con respecto a 1929. Incluso las economías más débiles, como la británica, mostraban signos de dinamismo. Pese a todo, no se produjo el esperado relanzamiento y la economía mundial siguió sumida en la Depresión. Eso era especialmente patente en la más poderosa de todas las economías, la de los Estados Unidos, donde los diferentes experimentos encaminados a estimular la economía que se emprendieron (en algunos casos con escasa coherencia) en virtud del «New Deal» del presidente F. D. Roosevelt no dieron los resultados esperados. A unos años de fuerte actividad siguió una nueva crisis en 1937-1938, aunque de proporciones mucho más modestas que la Depresión de 1929. El sector más importante de la industria norteamericana, la producción automovilística, nunca recuperó el nivel alcanzado en 1929, y en 1938 su situación era poco mejor que la de 1920 (*Historical Statistics*, II, p. 716). Al rememo-

rar ese período desde los años noventa llama la atención el pesimismo de los comentaristas más inteligentes. Para una serie de economistas capaces y brillantes el futuro del capitalismo era el estancamiento. Ese punto de vista, anticipado en el opúsculo de Keynes contra el tratado de paz de Versalles, adquirió gran predicamento en los Estados Unidos después de la crisis. ¿No era acaso el estancamiento el estado natural de una economía madura? Como afirmó, en otro diagnóstico pesimista acerca del capitalismo, el economista austriaco Schumpeter, «durante cualquier período prolongado de malestar económico, los economistas, dejándose ganar, como otros, por el estado de ánimo predominante, construyen teorías que pretenden demostrar que la depresión ha de ser duradera» (Schumpeter, 1954, p. 1.1 ?2). También, posiblemente, los historiadores que analicen el período transcurrido desde 1973 hasta la conclusión del siglo xx desde una distancia similar se mostrarán sorprendidos por la tenaz resistencia de los años setenta y ochenta a aceptar la posibilidad de una depresión general de la economía capitalista mundial.

Y todo ello a pesar de que los años treinta fueron un decenio de importantes innovaciones tecnológicas en la industria, por ejernplo, en el desarrollo de los plásticos. Ciertamente, en un sector —el del entretenimiento y lo que más tarde se conocería como «los medios de comunicación»— el periods *de entreguerras conllevó los adelantos más trascendentales, al menos en el mundo anglosajón*, con el triunfo de la radio como medio de comunicación de masas y de la industria del cine de Hollywood, poi- no mencionar la moderna rotativa de huecograbado (véase el capítulo VI). Tal vez no es tan sorprendente que en las tristes ciudades del desempleo generalizado surgieran gigantescas salas de cine, porque las entradas eran muy baratas, porque los más jóvenes y los ancianos, los más afectados por el desempleo, disponían de tiempo libre y porque, como observaban los sociólogos, durante la Depresión los maridos y sus esposas tenían más oportunidades que antes de compartir los ratos de ocio (Stouffer y Lazarsfeld, 1937, pp. 55 y 92).

III

La Gran Depresión confirmó tanto a los intelectuales, como a los activistas y a los ciudadanos comunes de que algo funcionaba muy mal en el mundo en que vivían. ¿Quién sabía lo que podía hacerse al respecto? Muy pocos de los que ocupaban el poder en sus países y en ningún caso los que intentaban marcar el rumbo mediante instrumentos tradicionales de navegación como el liberalismo o la fe tradicional, y mediante las car-tas de navegar del siglo xix, que no servían ya. ¿Hasta qué punto merecían la confianza los economistas, por brillantes que fueran, que demostraban, con gran lucidez, que la crisis que incluso a ellos les afectaba no podía producirse en una sociedad de libre mercado correctamente organizada, pues (según una ley económica conocida por el nombre de un francés de comienzos del siglo xix) cualquier fenómeno de sobreproducción se corregiría por sí solo en poco tiempo? En

1933 no era fácil aceptar, por ejemplo, que donde la demanda del consumidor, y por ende el consumo, caían, el tipo de interés descendería cuanto fuera necesario para estimular la inversión de nuevo, de forma que la mayor demanda de inversiones compensase el descenso de la demanda del consumidor. A medida que aumentaba vertiginosamente el desempleo, resultaba difícil de creer (como al parecer lo creían los responsables del erario británico) que las obras públicas no aumentarían el empleo porque el dinero invertido se dretaría al sector privado, que de haber podido disponer de él habría generado el mismo nivel de empleo. Tampoco parecían hacer nada por mejorar la situación los economistas que afirmaban que había que dejar que la economía siguiera su curso y los gobiernos cuyo primer instinto, además de proteger el patrón oro mediante políticas deflacionarias, les llevaba a aplicar la ortodoxia financiera, equilibrar los presupuestos y reducir gastos. De hecho, mientras la Depresión económica continuaba, muchos (entre ellos J. M. Keynes, que sería el economista más influyente durante los cuarenta años siguientes) afirmaban que con esto no hacían sino empeorar las cosas. Para aquellos de nosotros que vivimos los años de la Gran Depresión todavía resulta incomprensible que la ortodoxia del mercado libre, tan patentemente desacreditada, haya podido presidir nuevamente un período general de depresión a finales de los años ochenta y comienzos de los noventa, en el que se ha mostrado igualmente incapaz de aportar soluciones. Este extraño fenómeno debe servir para recordarnos un gran hecho histórico que ilustra: la increíble falta de memoria de los teóricos y prácticos de la economía. Es también una clara ilustración de la necesidad que la sociedad tiene de los historiadores, que son los «recordadores» profesionales de lo que sus conciudadanos desean olvidar.

En cualquier caso, ¿qué quedaba de una «economía de mercado libre» cuando el dominio cada vez mayor de las grandes empresas ridiculizaba el concepto de «competencia perfecta» y cuando los economistas que criticaban a Karl Marx podían comprobar cuan acertado había estado, especialmente al profetizar la concentración del capital? (Leontiev, 1977, p. 78). No era necesario ser marxista, ni sentirse interesado por la figura de Marx, para comprender que el capitalismo del período de entreguerras estaba muy alejado de la libre competencia de la economía del siglo xix. En efecto, mucho antes del hundimiento de Wall Street, un inteligente banquero suizo señaló que la incapacidad del liberalismo económico, y del socialismo anterior a 1917, de pervivir como programas universales, explicaba la tendencia hacia las «economías autocráticas», fascista, comunista o bajo los auspicios de grandes sociedades que actuaban con independencia de sus accionistas (Somary, 1929, pp. 174 y 193). En los últimos años del decenio de 1930, las ortodoxias liberales de la competencia en un mercado libre habían desaparecido hasta tal punto que la economía mundial podía considerarse como un triple sistema formado por un sector de mercado, un sector intergubernamental (en el que realizaban sus transacciones economías planificadas o controladas como Japón, Turquía, Alemania y la Unión Soviética) y un sector constituy-

do por poderes internacionales públicos o semipúblicos que regulaban determinadas partes de la economía (por ejemplo, mediante acuerdos internacionales sobre las mercancías) (Staley, 1939, p. 231).

No puede sorprender, por tanto, que los efectos de la Gran Depresión sobre la política y sobre la opinión pública fueran grandes e inmediatos. Desafortunado el gobierno que estaba en el poder durante el cataclismo, ya fuera de derechas, como el del presidente estadounidense Herbert Hoover (1928-1932), o de izquierdas, como los gobiernos laboristas de Gran Bretaña y Australia. El cambio no fue siempre tan inmediato como en América Latina, donde doce países conocieron un cambio de gobierno o de régimen en 1930-1931, diez de ellos a través de un golpe militar. Sin embargo, a mediados de los años treinta eran pocos los estados donde la política no se hubiera modificado sustancialmente con respecto al período anterior a la Gran Depresión. En Japón y en Europa se produjo un fuerte giro hacia la derecha, excepto en Escandinavia, donde Suecia inició en 1932 sus cincuenta años de gobierno socialdemócrata, y en España, donde la monarquía borbónica dejó paso a una malhadada y efímera república en 1931. Todo ello se analizará de forma más pormenorizada en el próximo capítulo, pero es necesario dejar ya sentado que el triunfo casi simultáneo de un régimen nacionalista, belicista y agresivo en dos importantes potencias militares —Japón (1931) y Alemania (1933)— fue la consecuencia política más importante y siniestra de la Gran Depresión. Las puertas que daban paso a la segunda guerra mundial fueron abiertas en 1931.

El espectacular retroceso de la izquierda revolucionaria contribuyó al fortalecimiento de la derecha radical, al menos durante los años más duros de la Depresión. Lejos de iniciar un nuevo proceso revolucionario, como creía la Internacional Comunista, la Depresión redujo al movimiento comunista internacional fuera de la URSS a una situación de debilidad sin precedentes. Es cierto que en ello influyó la política suicida de la Comintern, que no sólo subestimó el peligro que entrañaba el nacionalsocialismo en Alemania, sino que adoptó una política de aislamiento sectario que resulta increíble a nuestros ojos, al decidir que su principal enemigo era el movimiento obrero de masas organizado de los partidos socialdemócratas y laboristas (a los que calificaban de social-fascistas).⁸ En 1934, una vez hubo sucumbido a manos de Hitler el Partido Comunista alemán (KPD), en el que Moscú había depositado la esperanza de la revolución mundial y que aún era la sección más poderosa, y en crecimiento, de la Internacional, y cuando incluso los comunistas chinos, desalojados de los núcleos rurales que constituían la base de su organización guerrillera, no eran más que una caravana acosada en su Larga Marcha hacia un refugio lejano y seguro, poco quedaba ya del movimiento

8. Esta actitud se mantuvo hasta el extremo de que en 1933 Moscú insistió en que el líder comunista italiano P. Togliatti retirara la sugerencia de que tal vez la socialdemocracia no fuese el principal peligro, al menos en Italia. Para entonces Hitler ya había ocupado el poder. La Comintern no modificó su línea política hasta 1934.

revolucionario internacional organizado, ya fuera legal o clandestino. En la Europa de 1934, sólo el Partido Comunista francés tenía todavía una presencia importante. En la Italia fascista, a los diez años de la «marcha sobre Roma» y en plena Depresión internacional, Mussolini se sintió lo suficientemente confiado en sus fuerzas como para liberar a algunos comunistas para celebrar este aniversario (Spriano, 1969, p. 397). Pero esa situación cambiaría en el lapso de unos pocos años (véase el capítulo V). De cualquier manera, la conclusión a que puede llegar es que, en Europa, el resultado inmediato de la Depresión fue justamente el contrario del que preveían los revolucionarios sociales.

El retroceso de la izquierda no se limitó al declive de los comunistas, pues con la victoria de Hitler desapareció prácticamente de la escena el Partido Socialdemócrata alemán y un año más tarde la socialdemocracia austriaca conoció el mismo destino después de una breve resistencia armada. El Partido Laborista británico ya había sido en 1931 víctima de la Depresión, o tal vez de su fe en la ortodoxia económica decimonónica, y sus sindicatos, que desde 1920 habían perdido a la mitad de sus afiliados, eran más débiles que en 1913. La mayor parte del socialismo europeo se encontraba entre la espada y la pared.

Sin embargo, la situación era diferente fuera de Europa. En la zona septentrional del continente americano se registró un marcado giro hacia la izquierda, cuando Estados Unidos, bajo su nuevo presidente Franklin D. Roosevelt (1933-1945), puso en práctica un New Deal más radical, y México, bajo la presidencia de Lázaro Cárdenas (1934-1940), revitalizó el dinamismo original de la revolución mexicana, especialmente en la cuestión de la reforma agraria. También surgieron poderosos movimientos político-sociales en la zona de las praderas de Canadá, golpeada por la crisis: el Partido del Crédito Social y la Federación Cooperativa del Commonwealth (el actual Nuevo Partido Democrático), organizaciones de izquierdas según los criterios de los años treinta.

No es tarea fácil calibrar las repercusiones políticas de la crisis en América Latina, pues si bien es cierto que sus gobiernos o sus partidos dirigentes cayeron como fruta madura cuando el hundimiento del precio mundial de los productos que exportaban quebrantó sus finanzas, no todos cayeron en la misma dirección. Sin embargo, fueron más los que cayeron hacia la izquierda que hacia la derecha, aunque sólo fuera por breve tiempo. Argentina inició la era de los gobiernos militares después de un prolongado período de gobierno civil, y aunque dirigentes fascistoides como el general Uriburu (1930-1932) pronto quedaron relegados a un segundo plano, el país giró claramente hacia la derecha, aunque fuera una derecha tradicionalista. En cambio, Chile aprovechó la Depresión para desalojar del poder a uno de los escasos dictadores-presidentes que han existido en el país antes de la era de Pinochet, Carlos Ibáñez (1927-1931), y dio un tumultuoso giro a la izquierda. Incluso en 1932 se constituyó una fugaz «república socialista» bajo el coronel Marmaduke Grove y más tarde se formó un poderoso Frente Popular según el modelo europeo (véase el

capítulo V). En Brasil, el desencadenamiento de la crisis puso fin a la «vieja república» oligárquica de 1899-1930 y llevó al poder, que detentaría durante veinte años, a Getulio Vargas, a quien podría calificarse de populista-nacionalista (véanse pp. 140-141). El giro hacia la izquierda fue más evidente en Perú, aunque el más sólido de los nuevos partidos, la Alianza Popular Revolucionaria Americana (APRA) —uno de los escasos partidos obreros de tipo europeo que triunfaron en el hemisferio occidental—,⁹ no consiguió ver cumplidas sus ambiciones revolucionarias (1930-1932). El deslizamiento hacia la izquierda fue aún más pronunciado en Colombia, donde los liberales, con su presidente reformista fuertemente influido por el New Deal de Roosevelt, pusieron fin a un período de casi treinta años de dominio conservador. Más patente incluso fue la radicalización de Cuba, donde la elección de Roosevelt permitió a la población de este protectorado estadounidense desalojar del poder a un presidente odiado y muy corrupto, incluso según los criterios prevalecientes entonces en Cuba.

En el vasto mundo colonial, la crisis intensificó notablemente la actividad antiimperialista, en parte por el hundimiento del precio de los productos básicos en los que se basaban las economías coloniales (o cuando menos sus finanzas públicas y sus clases medias), y en parte porque los países metropolitanos sólo se preocuparon de proteger su agricultura y su empleo, sin tener en cuenta las consecuencias de esas políticas sobre las colonias. En suma, unos países europeos cuyas decisiones económicas se adoptaban en función de factores internos no podían conservar por mucho tiempo unos imperios cuyos intereses productivos eran de tan gran complejidad (Holland, 1985, p. 13) (véase el capítulo VII).

Por esa razón la Depresión señaló en la mayor parte del mundo colonial el inicio del descontento político y social de la población autóctona, descontento que necesariamente debía dirigirse contra el gobierno (colonial), incluso donde no surgieron movimientos políticos nacionalistas hasta después de la segunda guerra mundial. Tanto en el África occidental británica como en el Caribe comenzaron a producirse disturbios civiles, fruto directo de la crisis que afectó al sector de cultivos locales de exportación (cacao y azúcar). Pero en los países donde ya existían movimientos nacionales anticoloniales, los años de la Depresión agudizaron el conflicto, particularmente en aquellos lugares en que la agitación política había llegado a las masas. Después de todo, fue durante esos años cuando se registró la expansión de los Hermanos Musulmanes en Egipto (creados en 1928) y cuando Gandhi movilizó por segunda vez a la gran masa de la población india (1931) (véase el capítulo VII). Posiblemente, el triunfo de los republicanos radicales dirigidos por De Valera en las elecciones irlandesas de 1932 ha de explicarse como una tardía reacción anticolonial al derrumbamiento económico.

Nada demuestra mejor la universalidad de la Gran Depresión y la gravedad de sus efectos que el carácter universal de las insurrecciones políticas

9. Los otros fueron los partidos comunistas chileno y cubano.

que desencadenó (y que hemos examinado superficialmente) en un período de meses o de pocos años, desde Japón a Irlanda, desde Suecia a Nueva Zelanda y desde Argentina a Egipto. Pero por dramáticas que fueran, las consecuencias políticas inmediatas no son el único ni el principal criterio para juzgar la gravedad de la Depresión. Fue una catástrofe que acabó con cualquier esperanza de restablecer la economía y la sociedad del siglo xix. Los acontecimientos del período 1929-1933 hicieron imposible, e impensable, un retorno a la situación de 1913. El viejo liberalismo estaba muerto o parecía condenado a desaparecer. Tres opciones competían por la hegemonía político-intelectual. La primera era el comunismo marxista. Después de todo, las predicciones de Marx parecían estar cumpliéndose, como tuvo que oír incluso la Asociación Económica Norteamericana en 1938, y además (eso era más impresionante aún) la URSS parecía inmune a la catástrofe. La segunda opción era un capitalismo que había abandonado la fe en los principios del mercado libre, y que había sido reformado por una especie de maridaje informal con la socialdemocracia moderada de los movimientos obreros no comunistas. En el período de la posguerra demostraría ser la opción más eficaz. Sin embargo, al principio no fue tanto un programa consciente o una alternativa política como la convicción de que era necesario evitar que se produjera una crisis como la que se acababa de superar y, en el mejor de los casos, una disposición a experimentar otras fórmulas, estimulada por el fracaso del liberalismo clásico. La política socialdemócrata sueca del período posterior a 1932, al menos a juicio de uno de sus principales inspiradores, Gunnar Myrdal, fue una reacción consciente a los fracasos de la ortodoxia económica que había aplicado el desastroso gobierno laborista en Gran Bretaña en 1929-1931. En ese momento, todavía estaba en proceso de elaboración la teoría alternativa a la fracasada economía de libre mercado. En efecto, hasta 1936 no se publicó la obra de Keynes *Teoría general del empleo, el interés y el dinero*, que fue la más importante contribución a ese proceso de elaboración teórica. Hasta la segunda guerra mundial, y posteriormente, no se formularía una práctica de gobierno alternativa: la dirección y gestión macroeconómica de la economía basada en la contabilidad de la renta nacional, aunque, tal vez por influencia de la URSS, en los años treinta los gobiernos y otras instancias públicas comenzaron ya a contemplar las economías nacionales como un todo y a estimar la cuantía de su producto o renta total.¹⁰

La tercera opción era el fascismo, que la Depresión convirtió en un movimiento mundial o, más exactamente, en un peligro mundial. La versión

10. Los primeros gobiernos en adoptar esos puntos de vista fueron los de la URSS y Canadá en 1925. En 1939, nueve países elaboraban estadísticas oficiales de la renta nacional y la Sociedad de Naciones calculaba estimaciones para un total de veintiséis países. Inmediatamente después de la segunda guerra mundial, existían estimaciones para treinta y nueve países, a mediados de los años cincuenta para noventa y tres, y desde entonces las estadísticas de la renta nacional, que en muchos casos tienen poco que ver con la realidad de las condiciones de vida de la población, se han convertido en algo tan característico de los estados independientes como sus banderas.

alemana del fascismo (el nacionalsocialismo) se benefició tanto de la tradición intelectual alemana, que (a diferencia de la austriaca) había rechazado las teorías neoclásicas del liberalismo económico que constituyan la ortodoxia internacional desde la década de 1880, como de la existencia de un gobierno implacable decidido a terminar con el desempleo a cualquier precio. Hay que reconocer que afrontó la Gran Depresión rápidamente y con más éxito que ningún otro gobierno (los logros del fascismo italiano son mucho menos espectaculares). Sin embargo, no era ese su mayor atractivo en una Europa que había perdido el rumbo. A medida que la Gran Depresión fortaleció la marea del fascismo, empezó a hacerse cada vez más patente que en la era de las catástrofes no sólo la paz, la estabilidad social y la economía, sino también las instituciones políticas y los valores intelectuales de la sociedad burguesa liberal del siglo xix estaban retrocediendo o derrumbándose. En ese proceso centraremos ahora la atención.